

PRÓLOGO

CUANDO, en agosto de 1939, llegue a Berlín, el nacional-socialismo estaba en todo su apogeo. El momento era definido por los nazis con esta orgullosa frase: «Hoy dominamos la nación; mañana, el mundo será nuestro».

Seis años más tarde, al abandonar Berlín definitivamente, en plena agonía del nacionalsocialismo, resonaba en mis oídos la última consigna de Goebbels: «Luchamos con la espalda contra la pared, con la sola esperanza de seguir viviendo entre los escombros de Berlín».

Entre aquella frase y esta consigna se desarrolla una de las mayores tragedias que ha conocido un gran pueblo. Como si fueran dioses legendarios, creyeron Hitler y sus principales colaboradores poder transformar el mundo a su placer, de acuerdo con sus sueños y ambiciones. La empresa, intentada ya en múltiples ocasiones desde que el mundo es mundo, acabó en fracaso, y el pueblo alemán ha sido condenado a purgar terribles culpas, ya que los vencedores no quieren que los alemanes puedan desencadenar nunca más otra catástrofe universal.

Pretender explicar lo que ha ocurrido en estos seis años últimos no es una labor nada fácil. Se necesitará que pasen unos cuantos años antes de que se pueda dar una interpretación razonable. En ese plazo es posible que se conozcan una serie de documentos secretos, indispensables para el historiador, y que se obtenga la necesaria perspectiva para ver las cosas con más claridad.

El historiador no puede intervenir todavía para hacer el balance de estos años críticos. Está reservado al periodista el expo-

ner lo que ha visto y describir lo que ha sido la terrible tragedia. El periodista ha tenido que trabajar de una manera muy especial en Berlín. Las autoridades de prensa del Reich obligaban a los representantes de la prensa extranjera a refle-

He tenido facilidades que no poseían otros periodistas

jar exclusivamente el punto de vista oficial, comunicado en las varias conferencias de prensa que diariamente se celebraban en la Wilhelmstrasse; quien faltaba a las normas impuestas por el doctor Goebbels, se veía incomunicado con su redacción por espacio de una o varias semanas, según la importancia de la falta, o bien era expulsado del Reich si se le acusaba de haber perjudicado a la política alemana.

El periodista extranjero en Berlín ha visto cómo se reducía cada día más el campo de su actividad, a medida que crecían los reveses. Por eso, cada vez era menor el rendimiento de los cronistas berlineses. Unos corresponsales abandonaron Berlín para ocupar puestos más brillantes. En mi caso personal, los dos años y medio últimos han sido de silencio; dediqué toda mi labor a atender el servicio de prensa de la embajada de España en Berlín. En este puesto he tenido facilidades que no poseían otros periodistas, y he podido seguir muy de cerca los acontecimientos que ocurrían en el Reich nacionalsocialista, sin preocuparme nunca de los deseos especiales del Ministerio de Propaganda del doctor Goebbels.

El ocaso de los dioses nazis es un libro sincero que sólo podía escribirse y publicarse después de la derrota de la Alemania de Adolf Hitler. En él se tratan algunos temas por primera vez y abiertamente. Sobre estos mismos temas sólo se podía escribir durante la guerra de «manera confidencial». Intentar decir algo desde Berlín sobre Hitler y los generales, los métodos de Himmler o los deseos de paz de los nazis, era una temeridad a la que nadie se arriesgaba.

Es posible que algunos pretendan deducir de la lectura de este libro que me he dejado guiar por sentimientos antialemanes. Simpatía para el nacionalsocialismo no la he tenido nunca; conocía demasiado bien la media docena de libros publicados por Alfred Rosenberg para desear la victoria de unos principios anticristianos. Pero, en cambio, conozco también todas las facetas de la cultura alemana como para no dejar de conmoverme, en lo más profundo de mi alma, por la tragedia de este gran pueblo, que tanto ha hecho por el progreso espiritual y material de la Humanidad, aunque se haya dejado dominar a veces por la creencia de que la fuerza es la fuente de todos los derechos. Hace más de tres siglos, el sentimiento guerrero de los alemanes fue explotado durante treinta años. Aquellas guerras se tradujeron en la ruina total de Alemania; las ciudades perdieron una tercera parte de la población, mientras en el campo ésta descendió hasta el 70%. Fue necesario que transcurriera muchísimo tiempo para que aquella Alemania, pobre y despoblada, volviera a ocupar un puesto en el concierto de las naciones europeas. Es probable que, sin el paso de Napoleón por el continente, el resurgimiento literario de Alemania no hubiera actuado sobre las fibras nacionales, despertando los sentimientos patrióticos de todo un gran pueblo. La Guerra de los Treinta Años no pudo evitar indefinidamente el

*Sin el desastre de 1918
no es posible concebir
el nacionalsocialismo*

resurgimiento de Alemania, de la misma manera que el Tratado de Versalles no ha podido cerrar el paso a la obra realizada por Adolf Hitler. Se trata de hechos históricos que no se deben ignorar cuando se pretenda enjuiciar cuál será el futuro de Alemania. Desde el exterior se puede influir mucho sobre la marcha de un país; pero el rumbo definitivo que éste emprenda depende exclusivamente de la voluntad y de los sentimientos del pueblo. Es posible que antes de diez años todo el mundo se sorprenda del contraste que se observe entre los proyectos de 1945, destinados a reducir a Alemania en unos límites ínfimos, y aquella realidad futura. Nunca como ahora se han equivocado tanto los profetas y quienes gustan de especular sobre el porvenir.

Mi libro trata del fin de los nazis. Para comprender su ocaso, es conveniente recordar su nacimiento. Sin el desastre de 1918 no es posible concebir el nacionalsocialismo. Éste supo incorporar una serie de movimientos de protesta, grandes y pequeños, de gentes que veían en el nacionalsocialismo la reacción de quienes se sentían humillados por la derrota y en rebeldía contra el nuevo orden surgido precisamente de Versalles. Antiguos oficiales, aristócratas y jóvenes estudiantes nutrían las filas de estos movimientos. Por su poco número, tenían que recurrir al terror político para «imponer su ley» a los traidores que denunciaban los depósitos clandestinos de armas y ayudaban a las autoridades a cumplir con las obligaciones impuestas por Versalles. En los comienzos se trataba de un movimiento exclusivamente nacionalista que no gozaba de simpatías en las grandes masas. Así lo reconoce el propio Hitler en *Mein Kampf*.

Los franceses incurrieron en el grave error de ocupar el Ruhr a los seis años de terminada la guerra. Para el pueblo alemán aquello fue un golpe moral que provocó una reacción violenta. Resultaba que la guerra no había terminado en 1918 y que, después de los años espantosos de la posguerra, iba a seguir un período

indefinido durante el cual los franceses se permitirían ocupar una parte del territorio nacional. Muchos alemanes que habían depositado su fe y su esperanza en el sistema de Weimar, después de la ocupación del Ruhr, empezaron a ver con satisfacción la agitación patriótica de los nacionalistas.

La ocupación del Ruhr no fue, sin embargo, el único motivo de engrandecimiento del nacionalismo en Alemania. También la crisis económica iba a favorecer los planes de Hitler. En este momento es cuando se hace posible apreciar la superioridad del nacionalsocialismo sobre los otros movimientos nacionalistas que trabajaban contra la república alemana. El gran mérito de Hitler es haber reunido bajo su bandera a los descontentos de lo que pasaba en la vida nacional y social del Reich. Millones de alemanes estaban en paro porque, después de la inflación, la industria alemana había sido extraordinariamente racionalizada y se había prescindido de mucha mano de obra. A los nacionalistas y a los obreros sin trabajo se sumaría pronto un tercero y poderoso aliado: el campesino. En 1928 es cuando el nacionalsocialismo incorpora en su apostolado la defensa del pequeño campesino contra los intereses bancarios, industriales y agrarios. Para los nacionalistas, es Hitler el hombre que ataca el sistema de Weimar, por ser el régimen que ejecutaba el Tratado de Versalles, mientras que la masa de descontentos, cada vez mayor, veía en él al político enemigo del sistema que ha favorecido una organización financiera basada principalmente, en el capital extranjero, y origen de la crisis industrial y agrícola y de la falta de trabajo. Hitler, en vísperas de la crisis económica mundial de 1929, ha sabido promover un gran movimiento de protesta, en el que participan obreros, campesinos y funcionarios descontentos de lo que pasa en Alemania. La evolución de estas gentes, en especial de los jóvenes, hacia el nacionalsocialismo como fuerza de protesta, ha sido admirablemente descrita por Ernst von Salomón en sus varias novelas.

Hitler tuvo la visión clara de lo que necesitaba para triunfar y transformar el Reich. En *Mein Kampf* escribía que «no es necesario que el movimiento sea una organización de satisfechos, de hartos, sino que hay que reunir a los que sufren, a los inquietos, los desgraciados y los descontentos». Y ocho años más tarde, ya en el poder, Hitler completa su pensamiento afirmando que:

[...] no se puede realizar una revolución profunda mientras unas circunstancias determinadas no empujan literalmente a cada uno hacia una tal revolución. Cambiar la forma exterior del Estado es fácil. Pero si se trata de transformar interiormente a un pueblo, no se puede triunfar, a menos que no se haya efectuado cierta evolución y que el pueblo se haya dado cuenta por sí mismo, oscuramente tal vez, pero en su subconsciente, de que la ruta que ha tomado no es la buena, y desea abandonarla por otra mejor, y ve, pesada y lenta como es la masa, que la nueva vía sólo puede encontrarla el día en que recibe de cualquier parte un empuje, o bien el día en que un movimiento, que ya ha reconocido el nuevo camino, fuerza al pueblo a penetrar en él.

Estas afirmaciones que Hitler formulaba en el discurso que pronunció el 10 de mayo de 1933 en el primer Congreso del Frente del Trabajo no revelaban ningún secreto. Antes que él, otro gran revolucionario, Lenin, había escrito:

La revolución es imposible sin que se opere un cambio en la manera de ver de la mayoría de la clase obrera, siendo estos cambios resultado de la experiencia política de las masas y nunca producto exclusivo de la propaganda.

El nacionalsocialismo no hubiera conocido el triunfo de 1933 sin el apoyo que recibió de la masa campesina. No hay que olvidar que a comienzos del siglo XIX era Alemania un país esencial-

mente agrícola. Sólo dos de sus ciudades tenían más de cien mil habitantes: Berlín y Hamburgo. La mayoría del pueblo alemán (en tiempos de Napoleón no llegaban los alemanes a veinticinco millones, o sea, dos millones menos que los franceses) vivía de la tierra. La gran industria fue desarrollándose en el transcurso del siglo XIX, hasta que Alemania se convirtió en un estado industrial, en el cual sólo una cuarta parte de su población era campesina. El imperialismo económico alemán, apoyado especialmente por la gran industria, pretendió conquistar el mundo. La guerra de 1914 fue una de las consecuencias principales de la gran industrialización de Alemania.

*Los franceses incurrieron
en el grave error de ocupar
el Ruhr*

Durante los cuatro años de la Gran Guerra montaron los Estados Unidos y las colonias de ultramar sus propias industrias. Las europeas ya no surtían en 1918 al mercado mundial. Y como la industria alemana sólo podía colocar una serie de productos especiales, resultó que las grandes fábricas instaladas con vistas a un gran comercio de exportación tenían que cerrar por falta de clientes. El sistema de Weimar, como si desconociera esta realidad, siguió protegiendo a la industria y descuidó otros intereses, en especial los de los campesinos.

Adolf Hitler y el nacionalsocialismo, desde 1929, o sea, después de la gran crisis económica mundial, ofrecieron la desindustrialización de Alemania. Sostenían que la industria debía especializarse en abastecer al mercado interior, y sólo en determinados productos de especialidades debía procurar el dominio del mercado exterior. Era necesario impulsar el retorno a la tierra, y, de esta manera, las grandes ciudades verían descender el número de sus habitantes, que, al no encontrar trabajo en las fábricas, se dedicarían a las labores agrícolas. Había que reparar las tierras y procurar que el campesino gozara de un cierto

bienestar, mediante una retribución adecuada de sus productos.

Este programa tan simple tuvo un éxito extraordinario. El obrero que no encontraba trabajo odiaba la técnica, que sustituía la mano de obra por nuevas máquinas. El campesino veía un porvenir mejor, y esperaba que el nacionalsocialismo distribuiría las tierras, muchas de ellas en manos del capital judío. El propio Hitler reconoció después de la victoria todo lo que debía a la parte social de su programa:

En las ciudades no hubiéramos podido conquistar estas posiciones decisivas, que han dado a nuestra acción el peso de la legalidad. En numerosas regiones los campesinos se han declarado a favor del resurgimiento nacional en una proporción que alcanza el noventa y cinco por ciento. Es a ellos a los que el pueblo alemán debe, en el fondo, esta renovación, este resurgimiento.

Cuando Goering, en mayo de 1933, afirmaba que «las ideas de la revolución alemana han sido comprendidas por las masas populares, que vivían en la miseria, antes de serlo por las personas instruidas», reflejaba por completo la verdad. El nacionalsocialismo ha sido el movimiento de protesta mayor que ha conocido el mundo moderno. Hitler fue votado por el obrero porque estaba descontento de la organización industrial, que no le daba empleo; por el campesino, que deseaba ser mejor atendido; por el funcionario, para poder servir un Estado fuerte que pagara mejor sus servicios; por el idealista nacionalista, en revancha por la derrota de Versalles. El genio de Hitler supo aprovechar todos estos sentimientos de rebeldía, tan dispares los unos de los otros, para alcanzar el poder y terminar después con el sistema de Weimar, que tantas antipatías había ganado entre el pueblo alemán.

Después de enero de 1933, se olvida Hitler de una buena parte de su programa social. Los extremistas del Partido se quejan de la influencia que la gran industria alemana ejerce sobre el Führer. Y un año después de haberse instalado en el poder, tiene que reprimir con mano durísima el propio Hitler la actitud de un buen sector del Partido, descontento al ver que se acatan siempre las órdenes de la Reichswehr y de la industria pesada. A los obreros se les proporciona trabajo y se les abonan buenos jornales, pero quedan sometidos por completo a las necesidades de la producción. El campesino, en cambio, resulta el niño mimado de la revolución, puesto que si, por un lado, recibe en condiciones económicas inmejorables la tierra que antes cultivaba y que era propiedad de judíos, por otro, Goering impulsa en todo lo que puede la agricultura para poder realizar la autarquía del Reich. El campesino, por su parte, corresponde a estas atenciones. Y si la guerra se ha podido prolongar hasta el año 1945, se debe, en buena parte, a todo lo que el agricultor alemán ha sabido arrancar del suelo para sostener a los ejércitos y a las poblaciones.

*El nacionalsocialismo no
hubiera conocido el triunfo
sin el apoyo de la masa
campesina*

Cuando se dice que el error terrible de Hitler fue provocar en 1939 la guerra, no se hace una afirmación gratuita. Si en 1933 hubiera adaptado la industria a las necesidades del país, sin olvidar las grandes posibilidades de exportación, hoy Alemania conocería otro destino. Si Hitler vio los problemas de una manera muy clara, fue empujado por los intereses industriales. Se dedicó al rearme para poseer un gran ejército, armado de la manera más moderna, en medio de una Europa desarmada, lo que era un peligro extraordinario cuando se practicaba la política del puñetazo sobre la mesa. Hitler se olvidó de lo que dijo una vez Mirabeau: «Cuando es cuestión de dirigir una re-

volución, la dificultad no reside en hacerla marchar, sino en retenerla».

Adolf Hitler no es exclusivamente el hombre de la guerra que empezó en 1939 y que ha costado una verdadera catástrofe no sólo al pueblo alemán, sino a toda Europa, según se demuestra en este libro. Hitler es también el hombre que encarna la protesta de los alemanes descontentos por la paz que se les impuso en Versalles. Hay que analizar su figura bajo todos los aspectos para llegar a comprender bien la tragedia de Alemania y, también, la de toda Europa, puesto que, con todas sus virtudes y defectos, era

*El obrero que no encontraba
trabajo odiaba la técnica*

el pueblo alemán el que ocupaba un puesto de la máxima importancia en todo lo que se entiende por civilización de Occidente.

La Europa que intentó sojuzgar Napoleón tenía ciento ochenta y siete millones de habitantes, de los cuales, el veinte por ciento eran franceses. La Europa que quiso dominar Hitler cuenta quinientos millones, de los cuales, los alemanes no llegaban a ser el veinte por ciento. Ahora parece que nos acercamos a la Europa de Stalin, en la cual los varios pueblos rusos vienen a representar un cuarenta por ciento de sus habitantes. En esta Europa los franceses no significan ni el diez por ciento de su población. Estos números han sido manipulados en varias ocasiones para demostrar que era completamente lógico el papel jugado por Francia en la época de Napoleón, por ser entonces el primer pueblo del mundo, y para justificar que la decadencia francesa tenía que traducirse en la hegemonía de Alemania, que en un siglo había logrado doblar la población de Francia. Pero al especular con estas cifras se llegaba a la conclusión de que la hegemonía de Alemania no podía durar mucho tiempo, pues el porvenir debería pertenecer finalmente a Rusia, el más numeroso de todos los pueblos del continente.

Goethe decía que «la madera arde porque es materia adecuada para ello, y que un ser humano será célebre si realmente tiene materia para ello». Yo creo que el pensamiento goetheriano se aplica perfectamente a la figura de Hitler. Él ha sido de aquellos hombres meteoros que dejan su paso marcado en la carne de la Humanidad. Si, según Bertrand Russell, la revolución rusa no hubiera seguido el rumbo bolchevique que conoció sin la presencia y la intervención de Lenin, bien puede afirmarse ahora que el porvenir que aguarda a Europa sería distinto sin la presencia y la actuación de Adolf Hitler en la dirección de los destinos de Alemania.

*Hitler es el hombre que
encarna la protesta de los
alemanes*

Gran admirador de Napoleón, es muy probable que en los últimos días de Berlín se preguntara Hitler, igual que el gran corso en Santa Elena, si hubiera sido mejor para la Humanidad que él no hubiera nacido. Pero el problema nuestro no es discutir lo que hubiera pasado en el mundo sin Napoleón, Lenin o Hitler. Hoy nos encontramos con el hecho de que Adolf Hitler ha pasado por Europa, y lo que nos interesa es conocer las consecuencias exactas de su paso. A esta tarea se dedicarán todos los hombres que se apasionan por las cosas del mundo. *El ocaso de los dioses nazis* pretende explicar lo que ha sido la guerra, dejando para otros la tarea, nada fácil, de especular sobre las consecuencias políticas, económicas, sociales y culturales que esta gran tragedia de la Humanidad tendrá en el futuro inmediato del mundo. Era preciso recoger todas las explicaciones que contiene esta introducción para dejar el libro encuadrado en el marco que corresponde.

Junio de 1945

CAPÍTULO I

STALIN, EL GRAN PROVOCADOR

El nacionalsocialismo jamás negociará con el bolchevismo, que lo forman una partida de asesinos, conspiradores, ladrones y destructores. Toda la civilización se encuentra amenazada por el bolchevismo.

HITLER

[Discurso pronunciado en Nuremberg el 14 de septiembre de 1936.]

LEGUÉ a Berlín el 20 de agosto de 1939. Hacía cinco años de mi anterior visita al Reich. Saltaba de una España extenuada por tres años de guerra civil a la Gran Alemania, que en el transcurso de muy poco tiempo había sabido crear Adolf Hitler. De un país con unas comunicaciones difíciles pasaba a otro en que todo funcionaba de una manera perfecta y de acuerdo con la técnica más moderna. En las líneas aéreas alemanas, los servicios, aun de noche, se efectuaban con toda normalidad. Me acordaré siempre de la impresión que me causó el vuelo que realicé de Stuttgart a Berlín. Unos faros rojos señalaban el camino, y nuestros ojos contemplaban a ras del suelo millones de luces, como si todos los luceros del cielo hubieran abatido su vuelo. Muchos kilómetros antes de llegar a la capital del Reich, un gran resplandor nos indicó que nos acercábamos al final de nuestro viaje. El aparato descendió con toda suavidad hasta reposar en el centro del aeropuerto de Tempelhof. Al saltar de la cabina, me encontré a dos buenos amigos que aguardaban mi llegada.

«Llegas en un momento culminante para un periodista», declaró uno. «Pronto podrás escribir sobre la segunda guerra europea», añadió el otro.

En el automóvil que nos trasladaba al hotel me fueron subrayando algunos pormenores de la gran campaña de agitación que realizaban la prensa y la radio del Reich a propósito de los malos tratos que los polacos dispensaban a la minoría alemana. La relacionaban con parecidas campañas que en épocas recientes se había

No existía en este Berlín de 1939 ningún problema de carácter material

promovido en relación con Austria, los Sudetes y Checoslovaquia, por todo lo cual concluían que Hitler creía que había llegado la hora de liquidar a su favor el pleito con Polonia, por lo cual el mundo iba a conocer momentos de tensión extraordinaria,

ya que de nuevo peligraría la paz de toda Europa.

Después de dejar mi equipaje en el hotel, pasé con mis dos buenos amigos por los alrededores de la estación de Friedrichsstrasse. Mi asombro era extraordinario: en unas pocas horas el avión me había trasladado de la guerra a la paz. Me causó una sensación muy agradable ver que no existía en este Berlín de últimos de verano de 1939 ningún problema de carácter material. Cuando me separé de mis compañeros y regresé solo a mi hotel, mientras contemplaba los escaparates de las tiendas y la alegría que se reflejaba en el rostro de los transeúntes, pensé que mis amigos exageraban. «Hitler —me dije—, que ha logrado todos sus resonantes triunfos sin provocar un conflicto armado, no caerá en el error de lanzar Europa a una guerra por impaciencia.» «La cuestión del pasillo de Danzig se solucionará también pacíficamente, como todas las demás», afirmaba convencido, y para subrayar las ventajas que significaba para mí abandonar a España después de los tres años de guerra civil.

*

Todavía no me había acomodado en Berlín, cuando se produjo un acontecimiento realmente extraordinario, de aquellos que no se olvidan jamás. En la conferencia de prensa de la Wilhelmstrasse, a la que asistía por primera vez, se anunció el día 23 que el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, von Ribbentrop, había salido en avión especial para Moscú, con el fin de firmar un importante acuerdo de carácter político entre la URSS y Alemania. En unos momentos había cambiado por completo el panorama político mundial. Toda la labor tenaz de la diplomacia británica, encaminada a establecer un cerco en torno al Reich nacionalsocialista, se venía abajo por completo. La Alemania hitleriana protegía sus espaldas de toda agresión y quedaba en condiciones excelentes para hacer frente a cuantos decidieran atacarla. Ribbentrop se nos presentaba como un nuevo Bismarck, el gran estadista que no ahorró sacrificio alguno para cultivar y mantener siempre unas buenas relaciones entre Berlín y Moscú. Alemania, aliada con Rusia, era invencible. Esta última afirmación, tan difundida después del 23 de agosto, hay que tenerla muy en cuenta para comprender los acontecimientos que se sucedieron y que provocaron el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

*Ribbentrop se nos presentaba
como un nuevo Bismarck*

Tenía para mí un interés extraordinario conocer la reacción inglesa ante la derrota diplomática que acababa de recibir el Foreign Office en Moscú y saber si el pleito polaco terminaría o no con un nuevo Munich. Mi curiosidad quedó en buena parte satisfecha la tarde del día 24. Estaba invitado a tomar el té por el corresponsal del *Daily Mail*, a quien había tratado y conocido con motivo de un reciente viaje que hizo por España. Al entrar en su habitación del Hotel Bristol, observé inmediatamente que efectuaba preparativos de marcha; en sus maletas guardaba el contenido de varios armarios y cajones.

«Esta noche salgo para Holanda», me anunció mientras estrechaba mi mano. «Esta vez nadie podrá evitar la guerra», añadió a continuación, mientras retiraba una maleta de un sillón para que pudiera tomar asiento.

Salí una hora más tarde del Hotel Bristol, impresionado y con gran preocupación. Mientras redactaba la crónica telegráfica en la que recogía la impresión berlinesa sobre el acuerdo germano-ruso que se acababa de firmar, meditaba sobre la miseria espiritual de nuestros tiempos, que obliga a un periodista

■
«*Los ingleses no queremos dejar las manos libres a los alemanes para su expansión oriental*»

que trabaja en una capital extranjera a recoger exclusivamente la versión oficial sobre un tema decisivo para el futuro de la Humanidad. Lo que me contó entonces el periodista inglés quedó inédito en mi carné de notas. Seis años más tarde, estos apuntes conservan todavía un interés.

Stalin se ha salido con la suya: va a provocar la guerra que él necesitaba para salvar a la Unión Soviética y extender su hegemonía por toda Europa —empezó afirmando mi amigo mientras me ofrecía una taza de té.

Desde 1933 ha temido siempre Moscú verse atacado por la Alemania nacionalsocialista. Hitler suprimió, o, mejor dicho, liquidó el partido comunista alemán, que era la mayor organización controlada por Moscú que existía fuera de las fronteras de la URSS. La desaparición de este millón de alemanes afiliados al partido comunista significó para Stalin la pérdida de un verdadero ejército que actuaba siempre de acuerdo con las instrucciones que recibía de Moscú. Y Stalin no sólo vio cómo se aniquilaba a su ejército alemán, sin poder hacer nada para salvarlo, sino que ha tenido que tomar nota del programa imperialista de Hitler, quien en su libro *Mein Kampf* propone abiertamente una expan-

sión hacia el este, a expensas de la URSS. Molotov, Litvinov y el propio Stalin han salido varias veces al paso de este programa imperialista nazi. No se han atrevido a dirigir sus ataques directamente contra el Führer, pero han hablado con toda libertad de las intenciones expuestas en público en más de una ocasión por el doctor Rosenberg, que, como usted sabe, es el campeón en el partido nacionalsocialista de la lucha contra los rusos, además de ser uno de los consejeros más escuchados de Hitler.

—————
Londres no hará nada para evitar la guerra

Stalin ha tenido verdaderamente miedo. Ha visto cómo Berlín se ponía de acuerdo con Tokio, el otro gran vecino de la Unión Soviética y uno de los grandes enemigos de Rusia. Si la Alemania nacionalsocialista no se hubiera visto obligada a reorganizar la economía de guerra del país y a restablecer las posiciones que en Europa perdió en la guerra pasada, quizá, a estas horas, el mundo habría presenciado ya el choque del comunismo ruso con el nacionalsocialismo alemán. Nosotros, los ingleses, no queremos dejar las manos libres a los alemanes para su expansión oriental. El *Drang nach Osten* no encontrará la ayuda británica. Y nuestra oposición se debe a que sabemos de una manera clara y firme que una expansión victoriosa de Alemania hacia el este significaría el final de la hegemonía británica en Europa.

Sin embargo, Stalin no está tan seguro como yo respecto a la oposición de Londres a la política antirrusa de Hitler. En Moscú se tuvo miedo cuando, hace un año, accedieron Chamberlain y Daladier en Munich a todas las demandas de Hitler. Después ha ocurrido la ocupación de Checoslovaquia por las tropas alemanas, y el hecho ha sido interpretado por Stalin como un golpe directo contra la Unión Soviética, efectuado con la resignación de Londres y París.

Ahora, al estrechar Stalin la mano de Ribbentrop, ha logrado el Kremlin no sólo alejar la guerra de sus fronteras, sino que la URSS se convierta en el árbitro absoluto de los destinos de Europa. La guerra es inevitable. El alemán atacará a los polacos, y Londres no hará nada para evitar este conflicto armado. Esto equivale a lanzar toda Europa a una nueva guerra. Si Alemania sale

Stalin acaba de llevar a cabo una jugada que envidiaría Maquiavelo

vencedora de esta lucha, se deberá a la ayuda que reciba de Moscú. Pero nosotros, los ingleses, estamos convencidos de que Hitler no será el vencedor absoluto, porque un Reich nacionalsocialista triunfante significaría para la Unión Soviética un peligro insuperable. Forzosamente Stalin tendrá que tomar el día de mañana una determinación radical para evitar que la Alemania victoriosa se convierta en el verdugo de Rusia.

La guerra comenzará entre alemanes y polacos y se extenderá por muchos campos de batalla de Europa. Los que vivimos desde hace años en Berlín sabemos que esta vez los alemanes lo han preparado todo para no cometer las equivocaciones fatales de la guerra pasada. Sin embargo, nosotros, los ingleses, estamos convencidos de que esta guerra se decidirá cuando el ruso participe en ella de una manera activa, y precisamente a nuestro lado, contra el alemán. Hay cosas fatales en este mundo que ningún hombre puede evitar. Yo me marché esta noche de este país. Seguramente desde Holanda seguiré los acontecimientos trágicos que se van a producir. Usted se queda aquí en Berlín, y tendrá la gran oportunidad de vivir las horas más sensacionales que registraran los tiempos modernos. No se olvide de lo que acabo de decirle. Los latinos no pueden juzgar con precisión el momento presente, porque es difícil comprender las reacciones y los sentimientos que mueven a la gente nórdica. En esto sí que el factor raza constituye un elemento importante. Yo, como nórdico, pretendo interpre-

tar este momento histórico, y me atrevo a repetir una vez más que Stalin acaba de llevar a cabo una jugada que envidiaría el propio Maquiavelo, y que está destinada a acortar el final de este Reich nacionalsocialista, que, en el corto espacio de unos años, se ha convertido en una de las primeras potencias del mundo.

*

Tengo que confesar que en más de una ocasión he creído que se había engañado en sus cálculos el amigo del *Daily Mail*. Durante un año todos los acontecimientos se desarrollaron de la manera más favorable para el Reich nacionalsocialista. Hubo momentos que era difícil no creer en la realización del gran sueño germánico de dominación de Europa para después extender su hegemonía por todo el mundo. Fue necesario que se produjera el ataque alemán contra los rusos para aceptar como buenas las manifestaciones que me hizo el amigo inglés el día 24 de agosto de 1939, y reconocer una vez más que, efectivamente, poseen los ingleses un sentido especial para juzgar los grandes momentos críticos del mundo y maniobrar luego consecuentes con este criterio. Esto me explicó más tarde la causa por la cual el alemán, lejos de odiar al inglés, en el transcurso de esta guerra ha ido aumentando su admiración hacia él, a medida que la balanza de la lucha se ha inclinado a favor de su enemigo. Por algo decía Goethe a su fiel Eckermann:

Mientras los alemanes nos dedicamos a solucionar problemas filosóficos, se ríen de nosotros los ingleses, y con su gran sentido práctico conquistan todo el mundo.